



dominicos

Sun
18
Aug

Homilía de XX Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2018 - 2019 - (Ciclo C)

“He venido a prender fuego en el mundo”

Introducción

En medio del descanso veraniego, en el que intentamos relajarnos del ajetreo laboral o del curso o de las ocupaciones de la vida, nos llega la Palabra de este domingo como un aldabonazo que no nos permite ninguna tregua en todo lo que signifique e implique el seguimiento de Cristo.

Jesús es la opción fundamental de nuestra vida cristiana. El Reino y el Evangelio han de ser nuestra prioridad si de verdad nuestro seguimiento de Jesús es real: “afectivo y efectivo”. Las lecturas de este domingo nos hacen tomar conciencia de nuevo de lo que supone dicha opción de vida. No nos podemos dormir en los laureles.

Nuestro sí a Cristo es decisión por Él constante y permanente, sin descanso y sin parón, asumiendo las pruebas y dificultades inherentes. Si todavía estamos pensándolo desde luego este domingo es el momento de dar respuesta. Es el momento de decidirse de una vez.



Fray Juan Carlos González del Cerro O.P.

Real Convento de Santo Domingo (Jerez de la Frontera)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Jeremías 38,4-6.8-10:

En aquellos días, los príncipes dijeron al rey: «Muera ese Jeremías, porque está desmoralizando a los soldados que quedan en la ciudad y a todo el pueblo, con semejantes discursos. Ese hombre no busca el bien del pueblo, sino su desgracia.» Respondió el rey Sedecías: «Ahí lo tenéis, en vuestro poder: el rey no puede nada contra vosotros.» Ellos cogieron a Jeremías y lo arrojaron en el aljibe de Malquías, príncipe real, en el patio de la guardia, descolgándolo con sogas. En el aljibe no había agua, sino lodo, y Jeremías se hundió en el lodo. Ebedmelek salió del palacio y habló al rey: «Mi rey y señor, esos hombres han tratado inicualemente al profeta Jeremías, arrojándolo al aljibe, donde morirá de hambre, porque no queda pan en la ciudad.» Entonces el rey ordenó a Ebedmelek, el cusita: «Toma tres hombres a tu mando, y sacad al profeta Jeremías del aljibe, antes de que muera.»

Salmo

Sal 39 R/. Señor, date prisa en socorrerme

Yo esperaba con ansia al Señor; él se inclinó y escuchó mi grito. R/. Me levantó de la fosa fatal, de la charca fangosa; afianzó mis pies sobre roca, y aseguró mis pasos. R/. Me puso en la boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios. Muchos, al verlo, quedaron sobrecogidos y confiaron en el Señor. R/. Yo soy pobre y desgraciado, pero el Señor se cuida de mí; tú eres mi auxilio y mi liberación: Dios mío, no tardes. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 12,1-4

Una nube ingente de testigos nos rodea: por tanto, quitémonos lo que nos estorba y el pecado que nos ata, y corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe: Jesús, que, renunciando al gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Recordad al que soportó la oposición de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo. Todavía no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 12,49-53

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «He venido a prender fuego en el mundo, ¡y ojalá estuviera ya ardiendo! Tengo que pasar por un bautismo, ¡y qué angustia hasta que se cumpla! ¿Pensáis que he venido a traer al mundo paz? No, sino división. En adelante, una familia de cinco estará dividida: tres contra dos y dos contra tres; estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra.»

Comentario bíblico

La fe como un combate de vida

Las lecturas de hoy llevan, como santo y seña, el signo de contradicción, lo que a veces es el evangelio y el proyecto de Dios frente al proyecto del mundo.

Iª Lectura: Jeremías (38,4-10): La palabra profética no se pudre

I.1. Esta primera lectura nos relata el famoso pasaje biográfico (aunque escrito por sus discípulos) de la experiencia amarga del profeta Jeremías en una cisterna, de esas cisternas que recogen el agua en Jerusalén para poder subsistir. Un día el profeta había hablado precisamente contra el pueblo, especialmente contra sus dirigentes, que prefieren a otros dioses, otros proyectos, y comparaba esta actitud con el cambio entre beber de la fuente de agua viva o beber de las cisternas, donde el agua no corre. Incluso el rey Sedecías es impotente contra ellos. La situación de Jerusalén era catastrófica, y un grupo poderoso cerraba los ojos a la realidad que el profeta veía venir, no porque aceptase la derrota de Babilonia que estaba llegando, pero tampoco era partidario de echarse en manos de otro poderoso como Egipto.

I.2. Dios, Yahvé, es la fuente viva, y los otros dioses, las cisternas agrietadas y de aguas estancadas (Jer 2,13). Ahora, quiere decirnos el texto, recibe el profeta su merecido por hablar contra la clase dominante, por proclamar la palabra de Dios y no acomodarse a los mandatos humanos. Pero los profetas aman lo propio, su religión, pero de otra manera. Los otros, los opositores, los situados, quieren encerrar la palabra de vida en una cisterna para ver si se pudre. Pero la palabra profética nunca muere. Alguien se compadece de Jeremías, y el rey, quizá por respeto, lo permite liberar.

IIª Lectura: Hebreos (12,1-4): Jesús, un creyente de verdad

II.1. La segunda lectura viene a completar aspectos de la liturgia del domingo anterior y del famoso c. 11 de la carta sobre el tema de la fe; la fe como combate en el largo caminar del pueblo cristiano que peregrina hacia el futuro. Pero el autor de la carta sabe presentar bien las cosas y habla de Jesús como de nuestro modelo, superando a todos los antepasados, y por eso se le llama « iniciador y consumidor de nuestra fe». Esto se debe interpretar en el sentido con el que Jesús, en las tentaciones, en Getsemaní, tuvo que mantener ese combate de la fe que le llevará a la victoria. No lo tenía todo conquistado, tuvo que luchar, era humano, muy humano, aunque fuera Dios. Este aspecto es, cristológicamente hablando, muy sugerente y siempre se habla de Jesús como si no hubiera tenido fe, confianza, *emunah* en Dios. Eso sería negar la humanidad de Jesús, la fuerza de la realidad de la encarnación.

II.2. Eso significa, pues, que la fe es imprescindible para vivir, para dar sentido a la vida. La fe, por tanto, no es aceptar fórmulas, sino que es un combate entre la vida y la muerte, entre la vida ética y la vida sin sentido. Es de esa manera como se presenta a Jesús, en ese combate que le lleva hasta dar la vida. El autor trata de ser práctico o parenético: Jesús no hubiera dado su vida por nosotros, para vencer el pecado del mundo, si no hubiera sido un gran creyente. No era un “dios que se pasea por la tierra”, sino el creyente verdadero “capaz de Dios” (*capax Dei*) en su vida hasta la consumación de todo. El antagonismo contra el pecado (usa el verbo *antagônidsomai*) se ha convertido en la fuerza transformadora de su vida y esa debe ser la actitud cristiana para el autor de Hebreos.

Evangelio: Lucas (12,49-53): El fuego del amor que transforma el mundo

III.1. Y en este ámbito de radicalidades que la lecturas de este domingo ponen de manifiesto, aparece el texto del evangelio de Lucas (12,49-53) con todas sus contradicciones semíticas, con su lenguaje de símbolos, de contrastes orientales: paz-guerra, amor-odio. Jesús profetiza prendiendo fuego al mundo; trayendo una guerra, un combate, mejor, al que invita a participar. Estas palabras de Jesús nos hablan de la radicalidad de su mensaje evangélico. Este es radical porque busca la raíz de las cosas. En todo caso no debemos evitar la pregunta en lo que respecta al qué hacer para llevar a la práctica el seguimiento de Jesús y, en consecuencia, la radicalidad por la que hay que optar. Sabemos que estas palabras se transmiten en el ámbito de un grupo apocalíptico, radicales itinerantes cristianos de primera hora, al menos en una primera fase, que muestra lo en serio que se tomaron el evangelio de Jesús.

III.2. Consideramos que el espíritu de la radicalidad de estas palabras de Jesús permanece y debe mantener su vigor en medio del realismo que sin duda nos apremia. La radicalidad obedece a una mentalidad, a unas circunstancias, que no pueden ser las mismas para el s. XXI. Jesús era un hombre de su tiempo que usaba también el lenguaje de su tiempo. Él hablaba sirviéndose de metáforas, imágenes y comparaciones entendidas en aquella época. Porque ¿a dónde nos llevaría una interpretación literal del evangelio de hoy, o un dicho como "*si alguno viene a mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, no puede ser discípulo mío*" (Lc 14,26), cuando él mandó amar a todos, incluso a los enemigos? No se puede pedir amar a los enemigos y "odiar" a los padres o hermanos, ¿sería absurdo! Pero el espíritu de lo que Jesús quería expresar permanece: frente a este mundo, el evangelio es un signo de contradicción. Hay que amar, no odiar; pero el amor, frente a este mundo injusto y de desamor, es una guerra. Lo será siempre. En realidad es una guerra en la que no caben medias distintas y en la que los lazos familiares pueden saltar por los aires.

III.3. No es posible olvidar que estamos hablando desde la analogía, del contraste y el simbolismo. Los profetas itinerantes, casi como unos filósofos cínicos para algunos, se expresaban así: ¿los míos o Jesús? ¿yo o el evangelio? Son palabras proféticas que siempre mantendrán su vigencia, sin que las rebajemos a lo inútil. Algunos han hablado del "terrorismo" o el "fundamentalismo" de la ética cristiana. Es posible que los conceptos de actualidad puedan resultar explicativos... pero no es ni terrorismo ni fundamentalismo, sino que cuando el evangelio se vive con radicalidad nuestra vida no puede ser como siempre, como se ha aprendido de los "nuestros", porque los "nuestros" pueden estar lejos del proyecto profético de Jesús. Lo que se ha mamado en nuestro ámbito no siempre es lo mejor. Los "nuestros" son más nuestros cuando vivimos la radicalidad del amor y eso trae fuego a la tierra. A los nuestros los amamos, pero sin renunciar a lo que Dios desea. Eso lo vivió Jesús como experiencia liberadora que quiso transmitir a los suyos, para cambiar una religión "nuestra" que no tenía vida. Y si "los nuestros" no nos aceptan en esta guerra de amor, desde el evangelio y con el evangelio, seguirán siendo los nuestros, pero no haremos lo que ellos quieren. Los nuestros, a veces, piden odio o venganza: ahí está la guerra, el fuego del evangelio. Esa fue la experiencia del profeta de Galilea.



Fray Miguel de Burgos Núñez
(1944-2019)

Pautas para la homilía

Dios: una opción que genera hostilidad

Ya sabemos que la vida y misión del profeta Jeremías no fueron nada fáciles. Su ministerio profético se enmarca en un momento muy crítico de la historia de Israel. El pueblo, que desoye sistemáticamente el mensaje divino anunciado por el profeta, camina hacia la fatalidad del destierro. El profeta lo está avisando. En honor a la verdad advierte de la ruina inminente. La verdad del profeta desmoraliza porque la vida de Jerusalén está en ese momento construida sobre una mentira. Que no se haga ilusiones la pequeña Jerusalén de que podrá contra el gigante babilonio. En lugar de reaccionar y cambiar decisiones, los príncipes prefieren callar al profeta, heraldo de la verdad divina, decidiendo su muerte.

El pobre Jeremías es echado a un pozo sin agua donde morirá hundido en el lodo. Optar por Dios, por el bien, por la verdad, genera en muchos casos sufrimiento, dolor, enfrentamiento y hostilidad. El mensaje divino ilumina, señala, desinstala, remueve y eso gusta poco. Quien enarbola y defiende dicho mensaje sufre las iras de los que prefieren seguir como están o mantenerlo todo como está, aunque sea caminando hacia la ruina.

Dios no puede dejar a su profeta morir en el lodo y así moverá el corazón de Ebedmelek, sensible a la justicia, que denuncia ante el rey el trato "inícuo" que ha recibido el profeta. No olvidemos que el profeta era "la voz de Dios" en medio del pueblo. Jeremías al final es salvado.

Pero Dios es auxilio y liberación

El Salmo 39 está muy bien escogido después de esta primera lectura. Se trata de un salmo de confianza en Dios y de acción de gracias. El mensaje es claro: en medio de las hostilidades y las pruebas confía en Dios que es auxilio y liberación. Eso ha hecho el salmista y ha obtenido el favor de Dios por eso le da gracias con toda la fuerza de su corazón. Es más, Dios mismo es el que le pone en la boca ese himno de acción de gracias: "me puso en la boca un cántico nuevo". Esperaba con ansia y el Señor "escuchó su grito, lo levantó de la charca fangosa, afianzó sus pies y aseguró sus pasos".

Esta actuación divina evidente ha tenido un efecto: “muchos al verlo quedaron sobrecogidos y confiaron en el Señor”. Bien podíamos decir que este salmo refleja la situación de Jeremías: hundido en la charca fangosa ha sido al final liberado. Dios no se olvida nunca de los que lo aman, lo sirven y por ello sufren, sabe resarcirlos con su bondad y misericordia.

Fijos los ojos en Jesús

La fe es un tema central en la carta a los Hebreos. Su autor, que busca animar a su comunidad en medio de las dificultades que experimenta, exhorta a lanzarse a la carrera “que nos toca”, el camino de la fe, y para ello hay que sacudirse todo lo que estorba, es decir, el pecado que impide avanzar.

Hay algo que nos da seguridad: fijar los ojos en Jesús que es precisamente el que inicia y lleva a plenitud nuestra fe. Él es el verdadero modelo de la fe auténtica. Él hizo el camino de la fe sin miedo a la ignominia, asumiendo la Cruz y soportando la oposición de los pecadores. La clave está en mirar a Jesús. Él da fuerza para seguir caminando, para seguir en la brecha, en la lucha, que todavía no ha llegado a sus últimas consecuencias.

Jesús es nuestro consuelo y esperanza. Mirándolo siempre a Él nuestra vida fluye y nuestra fe se fortalece aún en medio de los problemas y las dificultades que puedan venir por ser cristianos.

Es hora: ¡ya!

La cosa está que arde... El evangelio de hoy va de “fuego”. Jesús ha comenzado ya su viaje a Jerusalén y de pronto lanza a sus discípulos estas enigmáticas palabras. Lucas ha hecho del viaje a Jerusalén el eje de su relato evangélico. Ese viaje, esa subida, ese éxodo de Jesús, se convierte en el camino programático para todo seguidor de Cristo. Ese viaje conduce a la Jerusalén que “mata a los profetas”.

Recordemos el caso de Jeremías en la primera lectura. Jesús ha comenzado el viaje presentando las exigencias y condiciones que conlleva su seguimiento. Se trata de un camino de plenitud y de vida abundante que pasa necesariamente por la Cruz, por la entrega de la propia vida. Los discípulos están ya en camino con el Señor, deben tener claro qué significa ir con Él, deben estar dispuestos y decididos a vivir como Él asumiendo las consecuencias.

Jesús es consciente de que le espera un difícil destino, un “bautismo de dolor” que le causa angustia, pero camina con decisión hacia él. Les dice a los discípulos que ha venido a prender fuego y desea que estuviera ardiendo. Es un fuego que trae disensión y odio. Ese fuego es su mensaje, su evangelio, el Reino. Esto causa disensión y odio pues quema como el fuego sacando a la luz las intenciones del corazón humano.

Recordemos las palabras de Simeón en la presentación en el Templo: “este será bandera discutida, signo de contradicción, está puesto para que muchos caigan y se levanten...” Jesús va a correr la suerte de los profetas, su palabra causa hostilidad. Esa hostilidad y rechazo no solo será social sino que va a surgir hasta en la propia familia. La opción por Cristo puede crear confrontación hasta entre los miembros de la familia. El seguidor de Jesús puede sentir este rechazo y esa confrontación no solo procedente del mundo sino de su entorno más íntimo.

¿Qué cabe ante todo esto? Decisión. Jesús no se para, sigue adelante. Y nosotros ¿qué hacemos?... Nuestra propia experiencia nos hace comprender estas palabras de Jesús. Jesús es una opción con “riesgo”. La respuesta urge y es sí o no. No cabe tibieza ni mediocridad. Optar por Él implica valentía, osadía, la que procede de saber bien “de quien me he fiado”. El Señor nos anima porque en medio de cualquier hostilidad por su causa Él siempre es auxilio y liberación.



Fray Juan Carlos González del Cerro O.P.
Real Convento de Santo Domingo (Jerez de la Frontera)

Evangelio para niños

XX Domingo del tiempo ordinario - Aug. 18, 2019



Jesús causa de disensión

Lucas 12, 49-53

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: - He venido a prender fuego en el mundo: ¡y ojalá estuviera ya ardiendo! Tengo que pasar por un bautismo, ¡y qué angustia hasta que se cumpla! ¿Pensáis que he venido a traer al mundo paz? No, sino división. En adelante, una familia de cinco estará dividida: tres contra dos y dos contra tres; estarán divididos: el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra.

Explicación

¡Cuántas veces hemos tenido que romper con amigos, familia, grupos o equipos, por seguir a Jesús ! Si defiendes la verdad, te enfrentas a los criadores de mentiras. Si estás del lado de los pequeños te pones enfrente de los poderosos. Y si defiendes a un extranjero cuando le insultan o persiguen te haces enemigo de quienes le ofenden. Y si quieres que las niñas sean personas con todo derecho iguales a los niños te ganarás enemigos que hacen de la mujer un ser inferior y más débil. Siempre que plantes cara a cualquier forma de abuso, te pondrás en guerra con quienes abusan. Lo dice Jesús.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

VIGÉSIMO DOMINGO ORDINARIO -CICLO C- (Lc 12, 49-53)

Narrador: En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

Jesús: He venido a prender fuego en el mundo: ¡y ojalá estuviera ya encendido!

Discípulo1: Últimamente, maestro, nos tienes preocupados, no entendemos lo que nos quieres decir.

Jesús: Tengo que pasar por un bautismo, ¡y qué angustia hasta que se cumpla!

Discípulo2: Maestro, ¿de qué angustia hablas?

Jesús: ¿Pensáis que he venido a traer al mundo paz? No, vengo a traer división.

Discípulo1: ¿A qué te refieres cuando hablas de división?

Jesús: En adelante, una familia de cinco estará dividida: tres contra dos y dos contra tres; estarán divididos: el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández